

## NUEVO DOCTOR EN JURISPRUDENCIA

El señor convictor don Félix María Reina presentó el domingo 2 de Julio el examen final para optar el grado de doctor en jurisprudencia. Fueron sus examinadores los doctores Julián Restrepo Hernández, Nicasio Anzola y Elías Romero.

Versó la tesis del graduando sobre *el cheque*, materia no reglamentada todavía en la legislación colombiana. Es un trabajo original, metódico, claro, que podrá prestar verdadera utilidad á los abogados, y aun á los legisladores del próximo Congreso.

El doctor Reina fue uno de los mejores alumnos de nuestra facultad; es hombre de firmes creencias y convicciones.

Le damos nuestro abrazo de colegas y amigos y le auguramos brillante carrera.

---

## Monografías históricas

### IV

#### PACIFICACIÓN DE LOS PIJAOS

##### I

Ya habíamos dado prolija cuenta de la guerra á muerte declarada por los pijaos á los colonos españoles y cómo éstos salían siempre maltrechos de sus empresas contra aquellos valientes naturales que tanto terror causaban á los invasores blancos.

La Audiencia de Santafé dio noticia al Rey de España (Felipe III), al principiar el siglo XVII, de los afanes de los colonos que pretendían poblar los hermosos y ricos

territorios que habitaban los pijaos, y la imposibilidad en que se hallaba el Nuevo Reino de Granada para defenderse de los indígenas alzados é indómitos. Después de muchas vacilaciones en la corte del Rey, viendo las reiteradas quejas de la Audiencia, se resolvió al fin tratar de poner un eficaz remedio á tan angustiosa situación de la colonia, tanto más cuanto que el gobernador de Cartagena también pedía socorro para defenderse de los indios carares, los cuales atacaban á todos los viajeros que subían y bajaban por el río Magdalena. No encontró el Gobierno español otro medio propio para poner término á esos males, sino haciendo mayores gastos, enviando tropas experimentadas comandadas por un militar distinguido, hidalgo de capa y espada que había combatido en guerras de importancia en Europa. Era éste nada menos que nieto de San Francisco de Borja. Llamábase don Juan de Borja y pertenecía á las órdenes militares de Santiago y de Alcántara. “ Su condición—dice el cronista Rodríguez Fresle—era de caballero cristiano y todos le amaban, respetaban y obedecían. Escogiólo el Rey soldado y no letrado, aunque estudiante discreto y de sana intención.” Nombrado gobernador presidente, el de Borja se embarcó con su familia en uno de los galeones que salieron de España á principios de Mayo de 1605. Estos galeones llevaban mercaderías de España á la famosa feria de Portobelo, tocando de paso en Cartagena, en donde Borja desembarcó con su familia, séquito de sirvientes y paniaguados, y los soldados que le habían confiado para la pacificación de los indios pijaos y de los carares.

En los pocos días que Borja permaneció en Cartagena, el gobernador de aquella plaza—don Jerónimo Suazo—(el cual murió en ese mismo año) le informó prolijamente acerca de la situación de la guerra que las autoridades tenían entablada con los indios carares.

Estos aborígenes se dividían en cuatro tribus ó familias numerosas, á saber: los *nauras*, los *nauracotas*, los *coli-*

*mas* y los *tapaces*. Vivían en las márgenes del río Carare, casi desde el nacimiento de éste, hasta su desembocadura en el Magdalena. Se derramaban por las orillas de este río hasta el río Negro, y estas tribus no cesaban de acometer los distritos de La Palma y los adyacentes. En donde hacían mayores daños era en el río Magdalena; acometían á los pasajeros en la angostura de Nare con flechas y armas arrojadas; se ocultaban en excavaciones que hacían en la arena y en otras partes, de manera que los navegantes no los veían, sino que cuando menos pensaban los asaltaban con tal furia y denuedo, que con frecuencia los mataban ó cautivaban. Pocos años antes, habían caído en poder de los carares dos padres de la orden franciscana, y no se había tenido otra noticia de su suerte hasta que se encontraron sus ensangrentados hábitos en una casucha á alguna distancia del río.

Don Juan dio sus disposiciones acerca de la manera de continuar la guerra con estos indígenas y prosiguió su viaje hacia la capital de su gobernación, á la cual llegó el 2 de Octubre de ese año; viaje que se consideró entonces sumamente veloz, pues faltaban unos pocos días para cumplir seis meses desde su salida de España.

Santafé era entonces ciudad próspera y de halagüeño porvenir. Su mercado era excelente, pues acudían á ella los vivanderos de los pueblos vecinos, en donde las cosechas de trigo, papas y maíz eran abundantísimas, y dentro de la misma población y en los alrededores cultivaban hortalizas con exquisitas legumbres, cuyas semillas habían llevado de España, como repollos, lechugas, escarolas, habas, zanahorias, acelgas, etc., así como en las huertas (que entonces cada casa tenía la suya muy grande) se daban los higos de castilla, manzanas, membrillos, duraznos, ciruelas, almendras, peras cermeñas, cerezas, fresas, uchuvas, etc.

A espaldas de la ciudad se conservaban bosquecillos de vistosos arrayanes, laurel silvestre y otros arbustos, y en medio de ellos bajaban grandes y cristalinos arroyos que

regaban la ciudad y fertilizaban la hermosa Sabana, en cuyos campos pacían grandes hatos de ganado vacuno y lanar, y se veía poblada por muchas aldeas cada una con su iglesia de piedra y tapias, cubiertas de teja algunas y bien aderezadas todas. Las calles de aquellos pueblos, dice el Padre Simón, eran rectas, empedradas y parecían aldeas españolas. En las orillas del río San Francisco (hasta en la misma ciudad) veíanse mover las grandes ruedas de los molinos de trigo. Además, cada población tenía su prensa para sacar aceite de nabos, el cual consumían en regular cantidad, tanto para las lámparas de las iglesias como en las casas particulares, en donde este aceite era el alumbrado común (1).

Por la hermosa calzada y camino que conducía de Santafé á Facatativá salieron á recibir al presidente y á su comitiva los seis oidores de la Audiencia (2) y los demás empleados de la capital.

La población de Santafé contaba por aquella época más de tres mil españoles de pura raza, gran número de mestizos é indios que les servían y muchos negros esclavos. En el barrio de Las Nieves vivían exclusivamente indios sumisos, á medio civilizar, en un rancharío de paja bastante aseado. Las calles eran anchas para la época, empedradas casi en su totalidad; las habitaciones de los hidalgos ó de los que así se consideraban, eran cómodas y bien alhajadas y, dice

(1) "Son todos los países circunvecinos á esta ciudad limpiísimos de todo animal nocivo y enfadoso, pues ni se cría culebra, ni alacrán, pulgas, hormigas ni sapos, ni aun ratones se habían visto en esta ciudad hasta seis años há (1620), que vinieron de tierra caliente los primeros entre la paja de ciertas mercancías, que han procreado más que quisiéramos." *Fray Pedro Simón. Séptima noticia historial*. Cap. XLI, pág. 281.

(2) Cada oidor tenía 800,000 maravedíes anuales (es decir, como 200 duros mensuales) y el presidente gobernador 6,000 ducados (como \$ 6,600 por año), fuera de otras gangas y prerrogativas que le daba su empleo.

el cronista Simón (quien vino al Nuevo Reino con el presidente Borja) que se gastaba mucho lujo en muebles, tapices y cuadros de pintura; las damas se vestían con sedas de valor, para lucir su belleza y buenos cuerpos, y los caballeros ostentaban ricas vestiduras y plumajes, bordados y armas de estimación.

Estaban acabando de construir una catedral espaciosa y ricamente adornada. Además había otras iglesias, á saber: las de las parroquias de Las Nieves, Santa Bárbara y San Victorino, y las de los conventos de San Francisco, Santo Domingo, San Agustín y San Diego (1). En estos monasterios moraba gran número de religiosos, los cuales estudiaban asiduamente la lengua de los indígenas para salir después á servir á las misiones, en donde muchos de ellos rendían la vida en el ejercicio de su ministerio. El colegio de los Jesuítas, que sólo había empezado á fabricarse un año antes de la venida del presidente Borja, ya había abierto sus estudios en el local del colegio de San Bartolomé, el cual se les había encargado de regentar.

No había por entonces sino un convento de monjas, el de La Concepción, pero estaban erigiendo el del Carmen, el cual se fundó definitivamente al año siguiente de la llegada de Borja á Santafé.

En la capilla del Humilladero, en la plaza de San Francisco, recibían instrucción religiosa todos los indígenas que iban al mercado que tenía lugar en esa plaza (2).

Existían las capillas de la Veracruz, de Belén y de Egipto.

A pesar de la incomunicación que los habitantes de Santafé tenían con el mundo civilizado, se cultivaban allí las bellas letras con buenos resultados. Santaferéño era el padre Santiago Alvarez del Castillo, el cual, viendo la dificultad

(1) No estaba todavía enteramente terminada entonces la iglesia de San Diego.

(2) La histórica capilla del Humilladero fue demolida por orden de un gobierno liberal.

que había en la capital del Nuevo Reino de Granada para llevar á cabo profundos estudios, pasó á España, en donde tomó el hábito capuchino y vivió bajo el nombre de Santiago de Santafé. Escribió obras de teología y de historia, fue guardián y provincial de su convento y predicador del Rey y en España murió (1).

Otro escritor santafereño, que por aquel entonces vivía en Santafé y fue protegido por don Juan de Borja, era Hernando de Angulo y Velasco, quien escribió bajo los auspicios del presidente una obra que nunca se imprimió, llamada *Guerra y conquista de los pijaos*.

Sobre el mismo asunto compuso una comedia un mariqueño que vino á Santafé con el objeto de presentarla al presidente. Dícese que Hernando de Ospina, que así se llamaba, era poeta satírico, pero la comedia no le sobrevivió, y por consiguiente no se puede juzgar de su mérito sino por lo que dice Ocariz en sus genealogías.

Vivía en Santafé también, aunque era nacido en la Palma, otro escritor llamado Luis Brochero, el cual escribió varias obras sobre distintos asuntos que él llamaba *discursos*. Con el objeto de imprimirlos, puesto que en el Nuevo Reino no existía todavía ninguna imprenta, pasó á España y en Sevilla publicó un tomo.

Como dijimos arriba, el erudito cronista Fray Pedro Simón, el cual nos ha suministrado tantos datos para escribir este estudio, llegó al Nuevo Reino con don Juan de Borja y en su convento de San Francisco se dedicó al estudio y á la enseñanza de teología en los colegios de la ciudad. Fue también cura de Tota, capellán del presidente en su expedición al Chaparral; recorrió casi todos los territorios de la actual Colombia y Venezuela, y en sus viajes reunió materiales para escribir *in extenso* la historia de la conquista y colonización de todas estas tierras (2).

(1) Véase *Historia de la literatura en Nueva Granada*, por José María Vergara y Vergara, pág. 71.

(2) El publicó un tomo en España y en la imprenta de Rivas en 1802 vieron la luz los otros cuatro.

Probablemente en aquel tiempo existía en Santafé otro historiador cuyas obras desgraciadamente se han perdido; era éste don Alonso Garzón de Tahuste. Era sacerdote y fue cura rector de la catedral de Santafé, en donde escribió dos obras: *Historia antigua de los chibchas* y otra sobre los *Jueces seculares del Nuevo Reino*.

También se han perdido los escritos de varios escritores de apellido Valenzuela que florecieron en Santafé al principiar el siglo XVII, y los de un religioso de Santo Domingo, llamado Fray José de Miranda, el cual se distinguió por sus obras teológicas y sus predicaciones. Este era santafereño y sus obras circularon manuscritas hasta que desaparecieron ó se olvidaron. Sin duda serían de poco mérito.

No sucedió lo mismo con la crónica llamada *El Carne-ro*, curiosísima historia de los sucesos, escandalosos en su mayor parte, que escribió Juan Rodríguez de Fresle, nacido en Santafé en 1566, de padres oriundos de Alcalá de Henares, y por consiguiente conciudadanos de Cervantes. Fue guerrero en sus mocedades combatiendo contra los pijaos. Parece que después le protegió el severísimo oidor don Alonso Pérez de Salazar, y se trasladó con él á España, pero como muriese el oidor á poco de haber llegado á su patria, Rodríguez Fresle pasó grandes angustias lejos de su ciudad natal, á la cual regresó al fin, encontrando en don Juan de Borja un amable protector.

Las campañas definitivas contra los pijaos serán motivo de otro artículo.

SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER

